

amistad de México, pero á condicion de que esto no importara hostilidad contra los castellanos. Era de tal manera absurda semejante determinacion, que la embajada mexicana, sin esperar que se le comunicara oficialmente, salió de Tlaxcallan para México.

XVIII.

Si el senado de Tlaxcallan hubiera aceptado la alianza ofensiva y defensiva de México contra los castellanos, ni uno de estos hubiera salido vivo del Anahuac, y sus nacionalidades se habrian salvado.

Tan importante consideramos lo propuesto por Cuitlahuatl, que creemos que Cortés y los suyos corrieron mas riesgo al estarse discutiendo, que en la tremenda Noche Triste.

XIX.

Veamos ahora lo que pasó con la embajada enviada á Michuacan.

Gobernaba esta monarquía el rey Zwanga con el título de Cazonzi ó jefe supremo (1), quien recibió la embajada mexicana en Tzintzontzan, su capital.

Ya de antemano estaba instruido de todos los pormeno-

1 No están de acuerdo los autores ni en el origen, ni en el significado, ni siquiera en la ortografía de esta palabra, pues la escriben indistintamente Cazonzin, Calzoncin y Cazonzi; unos la toman como apodo puesto por los mexicanos al sucesor de Zwanga por haber adoptado el calzado europeo, y entonces debería escribirse Caetzontzin (zapatico); otros, entre ellos el abate Brasseur de Bourbourg, creen que la palabra Cazonzi es una corrupcion tarasca de la palabra mexicana *Cal-tzontzin* (jefe, cabeza de la casa), compuesta de *calli*, casa, *tzontli*, cabellera, y por extension cabeza, jefe, y el reverencial *tzin*; nos parece esto lo mas probable, supuesto que los historiadores primitivos siempre dicen el Cazonzi para denotar al rey de los tarascos.

res de la expedicion castellana, así como de las calamidades que con ella habia sufrido México, y hombre prudente, no queriendo atraer sobre su pueblo las del desagrado de mexicanos ó castellanos, contestó que en un negocio de tal manera grave, no tomara determinacion alguna sin consultarlo y meditarlo maduramente con su consejo, y al efecto ofreció enviar próximamente á México una embajada que hiciera saber á Cuitlahuatl su resolucion.

En efecto, á pocos dias salieron unos inteligentes comisionados, ámpliamente facultados para tratar, previo un detenido exámen, de la verdadera situacion.

XX.

Entretanto Cortés obraba con toda actividad; sus castellanos al frente de los flaxcaltecas y otros pueblos traidores, se movían en todas direcciones y preparaban la vuelta á México. Incontables son las batallas que con fortuna varia sostuvieron los mexicanos en las diversas provincias, y la pluma se resiste á escribir las atrocidades cometidas por los castellanos con los que defendían su patria y su religion.

Por su parte Cuitlahuatl desplegaba, como hemos dicho, actividad, y recibiendo seguridades de auxilio tanto de los feudatarios, como de algunas nacionalidades aliadas, se preparaba á tomar la iniciativa sobre la república que abrigaba y protegía al enemigo comun.

XXI.

Hay épocas en la vida de los pueblos en las que parece que la maldición del cielo pesa sobre ellos, haciendo hasta que se dude de la justicia divina. Como si no fueran bastantes para el imperio azteca y sus aliados las calamidades que sobre ellos pesaban, un nuevo azote venía á herirlos de una manera horrible: las viruelas, traídas de Cuba, según los autores, por un negro de la expedición de Narvaez, y á las cuales los mexicanos llamaron *hueyzahtl* (gran lepra). Espantosos fueron los estragos que hizo la peste; diariamente hería millares de víctimas, y ciudades enteras quedaron yermas; y como literalmente faltaban manos para sepultar los cadáveres, la infección era horrible y la peste tomaba distintas faces, acarreado en breve la hambre por falta de brazos para moler el grano.

XXII.

En breve la peste llegó á la capital, segando la vida de un gran número de grandes señores é ilustres guerreros, que en esos momentos eran la esperanza de la patria.

Pero la pérdida mas sensible fué la de Cuitlahuatl. Ese hombre indomable cuya vida habian respetado las balas y aceros castellanos, sucumbió víctima de la peste en uno de los dias del mes de *Tepilhuitl* (fiesta de los montes), año *ce acatl*, novena *xiuhmolpia*, de la era azteca correspondiente á Octubre de 1520 de la vulgar, despues de un reinado de tres meses, mas ó menos, y de treinta años de edad.

XXIII.

“La muerte de Cuitlahuatl, dice un historiador, fué vista como de mal agüero por los mexicanos, y como la mayor calamidad que pudiera afigirlos en su lucha con los invasores, la afliccion mas profunda se apoderó de ellos.”

“No obstante lo breve de su reinado, Cuitlahuatl fué uno de los mas grandes emperadores aztecas. Los historiadores todos, convienen en asegurar que si hubiera vivido, Cortés no habria conquistado á México; estas solas palabras bastarian para ilustrar su memoria. Cortés lo calificó de valiente y prudente hombre. Su talento igualaba á su actividad y bravura; por esto los mexicanos fundaban en él sus mayores esperanzas. Lo lloraron sinceramente, y comenzaron á dudar del éxito de su lucha con los invasores.”

XXIV.

Aunque todos los historiadores mexicanos y extranjeros le han hecho justicia á Cuiclahuatl, el panegirista de Cortés, el famoso D. Antonio de Solís, Cronista mayor de las Indias, tiene para él estas palabras.—“Vivió pocos dias, pero bastantes para que su tibieza y falta de aplicacion, dejase poco menos que borrada entre los suyos, la memoria de su nombre.” Semejante blasfemia, ademas de estar desmentida por la historia, la contesta un escritor nacional en estos términos: “¿Quién lanzó á los españoles de la capital en menos de ocho dias? Cortés lo ha dicho. ¿Quién rehusó obstinadamente, por dos veces, las propuestas de paz que hacia, con la oferta de evacuar la ciudad en una semana, devolviendo todo el oro y despojos conquistados? ¿Quién preparó el alcance en la que Bernal Diaz llama “reñida, nombrada y temerosa batalla de Otumba?” ¿Quién causó las numerosas muertes de españoles y suscitó las guerras que coronaron á los indómitos restos del ejército castellano, con los sangrientos laureles cosechados en los campos de Tepeaca,

Cuauhquechollan, Itzocan, Zacatepec, Acatzínco, Tochtepec y Tecalco? . . . Es extraño que no lo viera el escritor en los monumentos históricos que tan diligentemente dice haber examinado.”

XXV.

A grandes rasgos hemos trazado los hechos principales del décimo monarca de México; muy torpe es nuestra pluma para escribir una vida digna de ocupar el estilo de Plutaro y que sin embargo, apenas es conocida; algún día se acordará México cuán grande es su deuda de gratitud para con el vencedor de la Noche Triste y le erigirá estatuas al lado de las de Cuauhtemoc, Hidalgo y Juárez.

EUFEMIO MENDOZA.



LIT. DE IRIARTE.

CUAUHTEMOTZIN

ULTIMO EMPERADOR MEXICANO.

(Copiada de la Historia de Carvajal Espinosa.)